



XIII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2011

CATEGORÍA INFANTIL: Accésit

Relato premiado: *“Los defensores de las verduras”*.

Autor / a: Pablo Molinos Palomar. Tarazona (Zaragoza).

LOS DEFENSORES DE LAS VERDURAS

Erase una vez, en un pueblo llamado San Martín, cerca del Moncayo, dos chicos: Javier, al que le encantaban las verduras y Carlos, que las odiaba pero adoraba la pasta. Ellos se llevaban mal desde que eran pequeños, siempre estaban peleándose.

Eran fiestas en el pueblo. Javier y Carlos eran adolescentes y seguían riñendo por todo siempre que se encontraban. Las discusiones siempre terminaban en el mismo tema: las verduras y la pasta.

Coincidieron en los autos de choque y empezaron a lanzarse insultos. Discutieron hasta que se acabaron pegando. Poco a poco los chavales del pueblo se fueron uniendo a un bando o a otro. Siguieron así todos los días y los del pueblo les dijeron que si seguían así no podrían vivir en él. A los de San Martín les gustaba mucho la tranquilidad y no querían estar todo el día oyendo broncas. Además pensaban que no se atreverían a irse del pueblo.

Cada bando se hizo una guarida en un sitio diferente del Moncayo. Los partidarios de Javier aprovecharon unas antiguas minas de hierro y el grupo de Carlos se refugió en una cueva natural. Los que defendían las verduras decidieron que siempre llevarían una prenda verde y los que odiaban las verduras acordaron que siempre llevarían una prenda azul. De esa manera los dos grupos se distinguían.

Cuando uno de los grupos se acercaba al territorio del otro, siempre había peleas. Después de un mes, a los de azul se les ocurrió que podían robar las verduras de los huertos cercanos y así sus enemigos se quedarían sin comida. Una noche, arrancaron todas las verduras que encontraron. A la mañana siguiente, los de verde se dieron cuenta de lo que habían hecho los azules, aunque en los pueblos y ciudades que estaban cerca del Moncayo seguía habiendo frutas y verduras. A ellos les pareció muy sospechoso así que mandaron a algunos verdes para que protegieran los huertos que ellos conocían. Al cabo de un tiempo, los de azul ya no robaron ninguna verdura más porque al comer solo pasta estaban mucho más gordos y menos ágiles y por eso los de verde solían salir victoriosos en casi todas las batallas. Los de verde lo tenían muy difícil para robar a sus enemigos porque guardaban la pasta en el fondo de una cueva y siempre estaba vigilada.

Lo curioso fue que después de un tiempo dejaron de desaparecer verduras de los huertos. Los de verde estaban muy extrañados y fueron a investigar a la guarida de sus enemigos. Al llegar allí descubrieron sorprendidos que estaba vacía. Javier descubrió en el suelo de la cueva una nota que decía:

“Podéis estar tranquilos, nos hemos cansado de pelear. Nos vamos al lugar donde podremos comer la mejor pasta del mundo, Italia. Chao. “

Los de verde al principio no acababan de creérselo. Pensaban que a lo mejor era una trampa y siguieron montando guardias. Pero al cabo de unos días decidieron volver con sus familias a vivir al pueblo ya que los enemigos no daban señales de vida y ya no eran un peligro. Pensaban que ya habían ganado y que nunca más habría peleas.

Pero esa tranquilidad duró muy poco. Y es que cuando ya habían asumido del todo la victoria, empezaron a volver a desaparecer plantas de los huertos. Cada mañana, al ir a los huertos, se daban cuenta de que les habían robado. Un día desaparecían las lechugas, otro las zanahorias y al día siguiente las cebollas.

Los de verde, pensando que habían vuelto sus enemigos de Italia, se reunieron en su antigua guarida del Moncayo y fueron a explorar el territorio de los azules. En ella no encontraron muchas cosas pero sí se dieron cuenta de que había unos extraños disfraces verdes de árboles. Los dueños de los huertos, avisados por los verdes, montaron guardia para que no les robaran más verduras y frutas y comunicaron a los de verde que los que robaban en los huertos eran personas disfrazadas de árboles. Estaban muy bien camuflados y el disfraz estaba muy conseguido, pero eran ellos, ¡habían vuelto!

La banda de Javier decidió proteger todos los huertos del Moncayo menos uno, para tender una trampa a los hombres de Carlos. Cuando se adentraran en el huerto para robar las verduras, ellos vigilarían dentro de la casa. Mientras robaban, se ponían justo en la entrada del huerto y ¡zas! los atrapaban y los llevaban prisioneros a una nueva guarida donde sus compañeros no los podrían liberar.

A pesar de que habían atrapado a muchos azules, éstos tenían nuevos miembros venidos desde Italia. Así que los de azul tuvieron una idea, cortar todas las verduras que hay en el Moncayo. Así, los de verde irían a Tarazona a comprar frutas y verduras para comer y como no conocerían a los nuevos miembros de Italia, éstos los podrían atrapar.

Pero no les salió bien el plan. Pronto se encontraron con que había muy pocas verduras para robar. Había alguien más que les estaba haciendo la competencia.

Pronto se descubrió al culpable. Se llamaba Raúl y era otro gran defensor de las verduras, que había construido un gran invernadero en Litago. Al ver que estaban en peligro, se dedicó a recoger todas las verduras que encontraba y las plantaba de nuevo en su enorme invernadero. Cuando ya había cogido suficientes plantas se fue a la guarida de los verdes y les dijo:

-Vengo en son de paz, soy otro defensor de las verduras, como vosotros. Vengo a deciros que los de azul ya no cortan mas plantas porque no tienen más que cortar.

Javier contestó:

-¿Y por qué ya no pueden cortarlas?

Y Raúl les dijo:

-Porque las tengo yo, en un invernadero que he construido en Litago.

Un miembro del grupo contestó:

-¿Y por qué lo haces?

-Porque a mí también me gustan las verduras y quiero ayudaros a protegerlas.

-Pues llévanos a tu invernadero.

En cuanto llegaron al invernadero se quedaron impresionados de la variedad de plantas que Raúl tenía. Le dijeron que había hecho lo correcto, porque de esa manera había salvado muchísimas plantas, pero que necesitaban un plan para ganar definitivamente a los azules. Estuvieron pensando juntos durante mucho rato y al final tramaron un plan.

Como el invernadero no era conocido, dirían a todos los pueblos de la comarca que había un gran invernadero en Litago y también pegarían muchos carteles por los pueblos para que se corriera la voz. Después realizarían visitas donde enseñarían la variedad de verduras que se crían en el Moncayo. Así, en una de las visitas iría alguno de los de azul y los de verde estarían escondidos para que en el momento más oportuno los pudieran atrapar. Cuando ya los hubieran atrapado, los llevarían a la guarida y los atarían para que no se pudieran escapar. Así les obligarían a comer solo verdura y si se resistían, se morirían de hambre. Así lo hicieron, fue más fácil de lo que se esperaban porque fueron todos los de la banda en una sola visita y,

como son muchos, la visita fue para ellos solos. Los atraparon a todos fácilmente. Durante unos días se resistieron a probar la verdura pero luego, el hambre fue creciendo y no se pudieron resistir a probarla. Al final, reconocieron que les gustaba y la guerra se acabó. Los de verde también reconocieron que la pasta no estaba mal. Al final, todos comían de todo. Incluso inventaron recetas de pasta con verduras, que a partir de entonces se hicieron populares en todos los restaurantes de la zona.

Ahora, después de cinco años de todo eso, algunos creen que aún quedan miembros de los azules y de los verdes y que a veces se pelean. Yo creo que con lo sucedido todos los habitantes de San Martín y de los alrededores comen de todo para estar sanos y no estar gordos, como antes los azules. Ahora presumen de ser los más sanos de la comarca. Y los más pacíficos.